

**DOMINGO III DE ADVIENTO (B)**  
**Homilía del P. Damià Roure, monje de Montserrat**  
**17 de diciembre de 2017**  
**Is 61,1-2a.10-11; 1Tes5,16-24; Jn, 6-8.18-28**

Este tercer domingo de adviento ha tenido siempre un tono especial en nuestras celebraciones porque nos sitúa ya a las puertas de la Navidad: la venida del Señor está cerca y esto es motivo de alegría y de esperanza. Toda la celebración de este domingo quiere ayudarnos a confiar en la proximidad de Dios, tal como nos lo manifiesta Isaías, o bien el canto del Magnificat, y también San Pablo y el evangelio de Juan.

En la misa de hoy encontramos justamente personas muy cercanas a Jesús, que nos ayudan a descubrir qué significa la fiesta de Navidad. Así, en la primera lectura, Isaías nos hablaba del Espíritu del Señor que le enviaría a llevar una «buena nueva» a los pobres, capaz de curar los corazones rotos, de anunciar a los cautivos la libertad y de empezar todo un año de gracia del Señor. Según el gran profeta del Antiguo Testamento eso es lo que haría el Mesías. El mismo Jesús se hizo suya esta profecía cuando decía, refiriéndose a Juan Bautista: «Id a anunciar a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos recobran la vista y a los pobres se les anuncia la buena nueva». Y, además, Jesús añadía: «Dichoso el que no se escandalizará de mí» (Mt 11,5). Tanto Isaías como Jesús no esconden su amor por la vida. Saben luchar contra todo lo que bloquea la vida, lo rígido, que la destruye, que la secuestra. «Yo he venido -decía Jesús- para que tengan vida y la tengan en abundancia" (Jn 10,10).

Tras la primera lectura nos ha llegado, en el salmo que hemos cantado, el canto de alegría de la madre de Jesús, el Magnificat. En este canto, María nos ayuda a desarrollar las etapas de nuestro camino cristiano, porque el amor que Dios tiene a los que creen en Él se extiende de generación en generación y llena de bienes a los pobres mientras que los ricos se quedan sin nada.

San Pablo nos animaba, por su parte, a vivir siempre contentos, es decir: no sofocar el Espíritu. Así nos hacía sentir el deseo de orar sin cesar, de dar gracias en toda ocasión y de guardarnos de toda sombra de mal.

El evangelio nos ha presentado a Juan Bautista, el que venía a dar testimonio de la luz. Con sincera humildad declaraba que él, Juan, no era el Mesías pero que cerca de él ya estaba aquel de quien no era digno ni siquiera de desatar la correa del calzado.

Juan Bautista, María, St. Pablo nos ayudan a preparar la Navidad que se acerca. Junto a ellos intuimos que estamos a las puertas de una realidad importante que, si sabemos acogerla, consolidará nuestra fe y nuestras convicciones. Nos preparamos para recibir a Jesús que se nos acerca precisamente en aquel niño (niño) de Belén, el mismo que, un tiempo más tarde, sería aquel maestro de Galilea y de Judea, y aquel hombre justo y bueno, que pasó por el mundo haciendo el bien, que sería aceptado por muchos y rechazado por algunos otros. Con sus actitudes, palabras y acciones, Jesús nos ha abierto un camino, y nos da unas pistas para descubrirlo personalmente, hasta tomar conciencia de que nuestra vida, --alegre en ciertos momentos, esperanzada en otras ocasiones, pero también, a veces, pasando momentos más difíciles--, nuestra vida reposa siempre en el amor de Dios.

Esta celebración nos anima, pues, a pedir la alegría y el coraje para acoger a Jesús, que es la presencia viva de Dios en el mundo, y a prepararnos para celebrar las fiestas que se acercan con el gozo del Espíritu. Gracias al Señor, podemos confiar firmemente que incluso donde hay tinieblas, en el corazón de cada persona brilla una luz que la oscuridad no puede ahogar. Que allá donde hay debilidad, recibamos la fuerza del Señor para seguir adelante.

Con agradecimiento y esperanza, continuemos nuestra celebración, y acojamos con alegría todo lo bien que Jesucristo nos trae.